



Carta sobre el Quietismo dirigida á los Periodistas.

Muy señores míos: irritado al ver impunes tantos partidarios del quietismo, recorro á vmds., para que alzando su vara censoria, los sacudan amateniente, mientras que el gobierno toma una providencia severa con esta maldita raza. Vmds. dirán ¡ quietistas en España! ¡ quanto tiempo hace que no se ha oido hablar de semejante secta! Pues, si señores, los hay en gran número, y sino se les sale al encuentro, daran con la España en tierra. Yo me explicaré, y vmds. quedarán convencidos.

No hablo de aquel diabólico sistema que inventò el famoso Molinos, de aquel quietismo teológico que destruía todo principio de virtud, y suponía lícitas, y aún meritorias las acciones más abominables, con tal que al tiempo de ejecutarlas, se tubiese la mente quieta en Dios. Hablo de otro quietismo que se va propagando insensiblemente, de un quietismo político tan pernicioso para la patria, como lo fue aquel para la religion. Y sino, diganme vmds. ¿ cómo podremos quedar triunfantes en esta sagrada lucha de la libertad é independencia contra la opresion y tiranía? ¿ cómo podremos arrojar de la Península esos vándalos que ahora la inundan? Claro está: obrando con actividad y energia, no dexandonos amedrentar por las derrotas, adquiriendo nuevo vigor en las desgracias, en una palabra, reuniendo nuestros esfuerzos y prefiriendo la muerte á la esclavitud. Asi han quedado siempre victoriosos los pueblos que han combatido para sacudir el yugo de la tirania, y obrando nosotros así, el triunfo de nuestra libertad es infalible. ¿ Quienes son pues los que pueden arrancar de nuestras manos la palma de la victoria? Son los que amilanados por los reveses, han tomado el infame partido de estarse quietos; y ver, como se suele decir, los toros desde la barrera: son los quietistas, que no contentos con vivir en la inaccion, se han hecho tambien los apóstoles del quietismo, sembrando en sus conversaciones y en sus cartas el desaliento y la desconfianza. Como viven entre nosotros, y por lo comun no son tenidos por traidores, se les oye sin sospecha, tienen facilidad para hacer proseliticos, pervierten insensiblemente el espíritu público, extinguen el entusiasmo nacional, y nos hacen incomparablemente más daño que los satélites del tirano y los traidores descubiertos.

Guerra pues á los quietistas, guerra; y así como la iglesia fulminó sus anatemas contra el quietismo teológico, se

2
tambien anatematizado el quietismo político. Sea declarado infame el que no contento con ser un ente inútil para la defensa de la patria, pretende atraer otros á su indolencia é inaccion. Anatema al ocioso espectador de nuestros males: anatema al que se atreva á proferir las siguientes proposiciones que son la cartilla de los quietistas, y estan condenadas en el sagrado código del patriotismo. „Todo está perdido: no hay que cansarse: al cabo hemos de ser franceses: mande quien quiera con tal que nos dexen quietos: no hay mayor mal que la guerra; lo que debemos desear es que se acabe, y dentro ó fuera que sea pronto.“ Estas y otras semejantes proposiciones son el sintoma por donde se conoce la enfermedad epidémica del quietismo, que regularmente ataca á hombres envilecidos, inertes y degradados que prefieren la quietud apática de los esclavos á la vida activa de los hombres libres, y la inaccion de las mazmorras á los dulces movimientos de la independencia. ¡Cuán otro es el lenguaje del patriotismo! *Fuera dicen los verdaderos españoles, fuera franceses y mas que nunca se acabe la guerra: mejor es morir que ser esclavos de un malvado usurpador: no hay exercitos en el mundo que sean bastantes para conquistar una nacion que quiere ser libre: las provincias de España pueden ser invadidas, pero dominadas, nunca.* Este noble modo de pensar, y estos sentimientos heroicos son los que sostienen la constancia española en los reveses, y los únicos que reuniendo y poniendo en accion nuestras fuerzas, nos harán invencibles. Todo lo opuesto es el quietismo, y por consiguiente, sino conseguimos detener sus progresos, la nacion morirá de inercia y vendremos á parar en la horrible esclavitud.

Esta reflexion basta por si sola para demostrar quanto importa extirpar la raza de los quietistas: ellos son una verdadera peste política, y deberian separarse de la masa comun de los ciudadanos, estableciendo lazaretos donde estubiesen encerrados hasta su perfecta curacion. No es difícil discernir los enfermos de esta clase: estan declarados por tales los que pueden hacer, y nada hacen por salvar la patria: pero aun son mas perniciosos los que al mal exemplo de su inutilidad añaden la predicacion de su perversa doctrina, propalando continuamente las proposiciones arriba enunciadas, ú otras que induzcan desconfianza y desanimen los pueblos. No por eso pretendo justificar la conducta de aquellos que inventan ó publican noticias lisongeras, que fingen victorias que no hay, y saponen que los enemigos estan derrotados, y que el tirano ya no puede embiar nue-

vós refuerzos: todo lo contrario, estos pertenecen tambien á la clase de los quietistas, y aunque acaso no tienen tan mala intencion, producen no menos malos efectos: porque induciendo una vana confianza en los pueblos, el resultado es estar quietos y no hacer nada, suponiendo que ya todo está hecho. Asi el quietismo, si bien se examina, siémpre es hijo ó de una vana confianza ó de una desconfianza absoluta. El que cree que no hay peligro, y el que piensa que es imposible evitarle, toman el mismo partido: ambos se están quietos, aquel porque no tiene motivo alguno para hacer esfuerzos, y este porque juzga inútiles sus movimientos. Supongan vnds. por un momento que este modo de pensar se generalizase y catenme vnds. á toda la nacion en una perfecta parálisis hecha el juguete de la tiranía. Tan convencidos están de esta verdad Bonaparte y sus satélites, que desde el principio de nuestra revolucion no han cesado de predicar el quietismo. Veanse sus proclamas, y se hallará que toda la charlataneria con que pretenden embaucar á los pueblos se reduce á esta unica frase repetida hasta el fastidio: „Estáos quietos.“ *restez vous tranquilles*. Luego el medio infalible de contrarrestar al tirano es desterrar el quietismo, y poner nos todos en movimiento. En haciendo esto, no hay franceses para empezar: ¿Qué son doscientos mil franceses contra dos millones de españoles que de un modo ó de otro pueden hacerles la guerra? Digo de un modo ó de otro; porque, aunque no todos pueden llevar las armas, apenas se encontrará entre mil uno, que no pueda contribuir á la defensa de la patria y hacer algun daño al enemigo. Salgamos de la apatia, haya movimiento; y bien pronto estará la España libre de enemigos que se verán precisados á huir de una region que para ellos será la region de la muerte; pues que por todas pirtes se verán amenazados de su guadaña terrible.

Los efectos que produce una masa puesta en movimiento son proporcionados á la cantidad del movimiento, y esta, dicen los físicos, está en razon compuesta de la masa y de la celeridad con que se mueve: así una bala de á 24 que se mueve con dos grados de velocidad tiene la misma cantidad de movimiento que una de á 12 que se mueve con quatro grados de velocidad, y los estragos que esta puede hacer, son iguales á los de aquella. Lo mismo sucede en circunstancias iguales con la masa de los exércitos, y la superioridad de los franceses ha provenido principalmente de su mayor movimiento. Nadie duda que los soldados españoles son, no solamente mas valientes y mas su-

4
fridores de privaciones y de fatigas, sino tambien mas sueltos, mas ligeros, y mas capaces de marchas precipitadas; pero por desgracia nuestra en los exércitos no se ha sacado parte de tan excelentes qualidades. Los enemigos reunen sus tropas de puntos muy distantes para dar una batalla y despues de dada, vuelben á diseminarlas en las guarniciones, donde descansan, se robustecen y reponen de sus pérdidas; al cabo de dos ó tres meses forman otro plan de ataque, y vuelven á reunirlos. Esta táctica han observado constantemente desde su entrada en España, sin que jamas hayan hecho nuestros exércitos ningun movimiento rápido para impedir su reunion, atacarlos quando estan divididos, ó apoderarse de aquellos puntos que dexan casi desguarnecidos. No sé, por exemplo, porque el tercer exército no atacó al de Sebastiani y lo arrojó del reyno de Granada, mientras que Soult estaba con todas sus fuerzas en Extremadura; Sebastiani solo tenia cinco mil hombres y el tercer exército pasaba de quince mil. De estos exemplos ó descuidos militares se podrian citar otros muchos, que tienen por origen al maldito quietismo. El mismo exército tercero ha estado un año en la inaccion sin dar mas señales de vida que el comer, y entretanto una columna de mil franceses ha tenido el atrevimiento de permanecer en Tarancon teniendo el Tajo á la espalda, ha recorrido y saqueado impunemente la Mancha hasta Albacete, y se ha entregado á todo género de excesos! ¿Y qué hacia el exército tercero? Nada, se estaba quieto, que es lo mismo que estar muerto; porque tanto vale un exército de veinte mil hombres sin accion como un monton de veinte mil cadáveres, y si los hombres en la inaccion sirvieran de algo para hacer la guerra, no habia medio mas facil que desenterrar los muertos. Pero no los efectos en la guerra son proporcionados á la cantidad del movimiento, y esta, como hemos observado, está en razon de la masa y velocidad con que se mueve. Si se pregunta por qué una guerrilla de cien hombres hace mas en un tiempo dado que un exército de veinte mil? La respuesta es obvia: porque en aquel tiempo dado la guerrilla excede mas en la velocidad de sus movimientos al exército, pue lo que está la excede en masa ó numero.

En este cálculo se habla de movimientos bien dirigidos; porque no se trata de dar bueltas al rededor de una noria sin objeto alguno: en la guerra el término de todo movimiento es el daño del enemigo, y quando no se arriba á este término, tanto vale moverse como es-

5

tarse quieto, y no debe entrar en cuenta; porque no es movimiento de guerra. Asi un vendimiador atareado á su labor vendimiará mas en un tiempo dado que mil ocupados en luchar ó correr de una parte á otra; porque el movimiento de estos por muy violento que sea, no es movimiento de vendimia, y por consiguiente es cero para la cuenta. El pueblo español no se equivoca jamas en estos cálculos. Por mas que algunos militares pedantes desprecien las guerrillas mas acreditadas, el pueblo las aprecia: ajusta su cuenta y dice: „ se trata de matar franceses con el menor daño nuestro; las guerrillas matan á proporcion mas franceses que los exércitos: las guerrillas por cada soldado que pierden quitan diez al enemigo; por el contrario en los exércitos, aun ganada la batalla, nuestra pérdida es con corta diferencia igual á la de los enemigos: luego sirven mejor las guerrillas, y deben ser fomentadas y protegidas.

No por eso desconoce el pueblo la necesidad de mantener y formar nuevos exércitos; porque aunque las guerrillas bastan para impedir la dominacion pacífica del gobierno intruso, y aun para sostener la lucha siglos de siglos, como se demostrará algun dia, no son suficientes para arrojar los enemigos de toda la península. Esto debe ser el resultado de victorias decisivas, y estas no se pueden conseguir sin exércitos; pero tampoco se conseguirán con ellos, mientras que adopten el quietismo. Es inexplicable la inaccion de algunos cuerpos. ¿Qué razon puede haber para que el exército tercero se haya estado mas de un año sin movimiento? Se dirá que no ha perdido el tiempo, que ha estado disciplinándose; pero ¿no se hubiera disciplinado mucho mejor, sacando del alternativamente gruesas divisiones, exercitándolas en correrías, y sorprendiendo con ellas los destacamentos del enemigo en la provincia de la Mancha y reyno de Granada? ¿Se pueden hacer agueridos los soldados, no viendo la cara al enemigo? ¿Se pueden disciplinar con el quietismo? Eh! no es necesario mas para perderlos. Un exército es como el agua, que estancada se corrompe. Si nosotros pudiéramos inocular en los exércitos franceses la peste del quietismo, era segura su ruina, mas por nuestra desgracia su misma natural inquietud los preserva de tamaña enfermedad. Nosotros haremos progresos segun que imitemos su movilidad ó la de nuestras mejores guerrillas; porque en quanto á conocimientos científicos, no creo que para esta guerra se necesitan muchos, ni me persuado á que ellos nos lleven grandes ven-

tajas, Aumentese la velocidad de nuestros movimientos, y luego se verán resultados muy felices.

En las mas de las batallas que hemos perdido se han dado estas ò semejantes causales „ el enemigo nos atacó antes de lo que esperabamos, nos sorprendió, nos envolvió con un movimiento rápido: nuestra primera division no entró en acción; la segunda no llegó à tiempo, la tercera se hallaba á una jornada de distancia, y así la quarta tubo que batirse con fuerzas muy superiores, y al cabo fué derrotada. Ya se vé: si de veinte mil hombres, solo cinco mil entran en acción, el resultado será correspondiente: los efectos son proporcionados á las causas en ejercicio: las que no obran son como sino fueran, ni deben entrar en cuenta. De la inacción; cómo han de resultar efectos? Sin embargo, parece que se ha llegado á creer que estandonos quietos, nos podemos salvar: lo cierto es que la falta de acción es demasiado comun no solamente en las cosas de la guerra, sino tambien en la administración general del estado.

Hay quietistas en los empleados del gobierno, quietistas en el pueblo, y quietistas en el ejército. Nada diré de los primeros, porque son tan conocidos, como difíciles de enumerar los gravísimos perjuicios que trae consigo la lentitud de los tribunales, secretarias y demas oficinas en el despacho de toda clase de negocios, Los segundos pervierten el espíritu público y extinguen aquel fuego sagrado del patriotismo que en los primeros dias de nuestra revolucion hizo tantos prodigios. Todos estos son reos de lesa nacion y dignos de la venganza y exêcracion pública. Ellos son los que impiden los utilísimos servicios que podrian hacer y no hacen muchos pueblos. He visto varias veces que algunos patriotas proponian interceptar los víveres y correspondencia al enemigo, auxiliar con escopeteros las operaciones de las partidas de guerrilla, dar avisos importantes; y al instante clamaban los quietistas. „No, nada de eso, que luego vendran los franceses y el pueblo queda comprometido; lo que nos conviene es estarnos quietos, y allá se las den buenas.“

De aqui viene que algunos pueblos se van acostumbrando á no mirar más que la quietud y seguridad del momento, que cada uno quisiera sacar la brasa con mano agena, y vencer sin exponerse á ningun peligro en una lucha en que solo nos pueden salvar los esfuerzos reunidos. De aqui viene el egoismo de cada pueblo y tras de este el egoismo provincial incomparablemente mas perjudiciales que el individual para la causa pública: De aqui viene la cri-

minal indulgencia con que se abrigan; y consienten los desertores del ejército: y de aquí la lentitud mortífera con que se circulan, y ejecutan las órdenes del gobierno. He visto llegar juntas á un mismo tiempo quatro distintas sobre alistamientos á un pueblo, que solo dista once leguas de la capital de provincia, en donde la que menos habia sido expedida dos meses antes; y es de advertir que toda la provincia se hallaba libre de enemigos, que el pueblo estaba en la carrera de la posta, y que á la sazón habia en él quarenta caballos detenidos y sin exercicio. ¿Por qué no se fixan dias y horas para la circulacion y execucion de las órdenes? En una provincia de 60 leguas de circunferencia se pueden comunicar muy á placer en quatro dias, y en quanto á su execucion se deberia tambien señalar un término perentorio segun la naturaleza del asunto, y castigar irremisiblemente á los omisos. No se puede ponderar bien quanto movimiento daria á toda la máquina esta sola medida. Imitemos en esto á nuestros enemigos, que para todo fixan tiempo, y son obedecidos. En fin, del quietismo nació aquella languidez, y horrible apatía que tomó tanto cuerpo durante la debil administracion de la junta Central.

Aun, si cabe, son mas perniciosos los quietistas del ejército. Hay soldados y oficiales sanos y robustos que estan quietos en sus casas: hay otros que alegando enfermedades que no tienen, ò solicitando comisiones, que podrian desempeñar los paisanos, han ascendido á generales sin haber visto al enemigo; y hay muchos todavia mas perjudiciales, que hallándose en medio del ejército, infunden el desaliento en las tropas, y las predicán el quietismo, exâgerando nuestra debilidad y las fuerzas del enemigo contra lo que previene expresamente la ordenanza: lo qual en una guerra de esta naturaleza es un crimen gravisimo, que debería castigarse con la pena capital. Sus expresiones ordinarias son estas: „ya està visto, nosotros no podemos competir con los franceses; nuestras tropas no tienen disciplina y ya estan acobardadas; las suyas son muy aguerridas, nos batirán siempre, excusado es pelear &c.“ Qué; no eran tropas francesas las rendidas en Baylen y las vencidas en Tamames, Talavera y Albuera; y las que tantas veces quedaron cubiertas de confusion delante de Zaragoza, Gerona, Hostalrich y Ciudad-Rodrigo. Si nuestras tropas no tienen una perfecta disciplina; la tendrán en purgandolas de quietistas, y si estan acobardadas, los quietistas las acobardan; porque el valor nace de la opinion

